

---

## **Consideraciones Generales a propósito del concepto de economía mixta**

**Jaime Puyana Ferreira**

Profesor Titular "C", Departamento de Economía  
Universidad Autónoma Metropolitana  
Unidad Iztapalapa,  
México D.F.

**A**ctualmente presenciamos una crisis que abarca todos los terrenos económico, político, ideológico, teórico, cultural, etc. En el terreno de la teoría económica, que es el que nos preocupa fundamentalmente en este escrito, se ha producido un virtual colapso de todos los paradigmas<sup>1</sup> dominantes, tanto en el bloque capitalista como en el bloque no capitalista (centralmente planificado).

Ya los términos mismos, "capitalismo" y "socialismo", parecen haber perdido todo significado. Formulaciones que fueron literalmente intocables, al menos hasta mediados de los años setenta, se han visto sometidas a serios cuestionamientos.

Desde luego, la evolución misma de los acontecimientos se ha encargado de acelerar este proceso. Esto es ya particularmente evidente en el pensamiento marxista, donde términos como "revisiónismo" han comenzado a perder el carácter peyorativo que los caracterizaba anteriormente. También la teoría económica ortodoxa se demuestra cada vez más obsoleta e incapaz de explicar los fenómenos económicos actuales. Contando con todo un instrumental técnico ver-

---

<sup>1</sup> Entendiendo por paradigma toda una concepción de la realidad, acompañada por un cuerpo teórico correspondiente que sirve de base a un instrumental analítico con el cual se sustentan y formulan políticas económicas que inciden sobre dicha realidad, influyendo así en su evolución, aunque no siempre en la forma deseada e intentada por sus mentores.

daderamente sofisticado y sobresaliente, se concentra en analizar problemas microeconómicos cada vez más banales e irrelevantes, pues su metodología misma le obliga a dejar de lado la problemática agregada de largo plazo; o afrontarla de una manera totalmente irreal.

El reordenamiento actual del mercado mundial; la declinación económica relativa de los EUA y el surgimiento de la Cuenca del Pacífico como un importante polo económico y financiero mundial; la unificación económica de Europa en 1992; el evidente fracaso de los "modelos" stalinianos del llamado "Socialismo Real"; el desarrollo de la biotecnología y las microelectrónica; la virtual desaparición del proletariado en su sentido clásico, la creciente y patética marginación económica y tecnológica de América Latina en el escenario mundial, etc, plantean desafíos que es imposible seguir afrontando ya con concepciones y enfoques-y, sobre todo, con modos de entenderlos- que datan del siglo XIX. Estamos ya, de hecho, en los umbrales del siglo XXI, y cualquier movimiento que se proponga seriamente contribuir en cambios revolucionarios para la población de América Latina, tendrá que descartar esquemas y formulaciones rígidos, con valentía y audacia intelectuales y políticos, y formular proyectos más acordes con los nuevos tiempos. Es dentro de ese espíritu que interesamos articular aquí las bases para una discusión sobre el concepto de "economía mixta", también actualmente en crisis, debido en gran parte al uso abusivo que se ha hecho del mismo.

En efecto, el concepto en cuestión ha comenzado a aparecer persistentemente en los planteamientos programáticos de organizaciones y personas que se reclaman de la izquierda, proponiéndolo como una alternativa tanto al capitalismo como al socialismo "realmente existente". En muchos casos, éste es formulado eclécticamente, como un proyecto que combine "lo mejor" de ambos sistemas, olvidando que -como insistentemente lo anotaba Maurice Dobb en los años 50-, el resultado de dicho eclectisismo sólo puede ser una combinación de las peores características de los mismos.

Por otra parte, rara vez se precisa qué es lo "mixto": Las formas de propiedad?, el plan y el

mercado?, ambos? Evidentemente, subyacente se encuentra el problema del bloque de clases y sectores sociales que ejercen el poder estatal y determinan, por lo tanto, el contenido del poder estatal y del plan, en una economía de tal naturaleza.

El término dista mucho de ser nuevo. De hecho, podemos encontrarlo prácticamente en todos los textos introductorios de la economía de la posguerra, desde que el economista estadounidense Paul A. Samuelson lo acuñó en la primera edición de su famoso Manual de economía (12 ediciones, en varios idiomas) en 1948.

Básicamente, en estas obras el término tiene una fuerte connotación ideológica, refiriéndose fundamentalmente a economías capitalistas altamente industrializadas, donde el Estado ejerce una política de gestión de la demanda agregada a través de medidas de política monetaria y fiscal. Los fundamentos teóricos de esta concepción del estado como regulador del nivel de actividad económica, tratando en el corto plazo de asegurar niveles de empleo de la fuerza de trabajo, social y políticamente aceptables, fueron elaborados por John M. Keynes, el conocido y destacado economista inglés, en su famosa obra Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero, de 1936.

Se trataba de evitar que una depresión de las proporciones de la de los años 30 pusiera en peligro de nuevo las relaciones sociales de producción capitalista. Para ello era necesaria una cierta dosis de intervención del Estado desde el lado de la demanda social (agregada) total, pues se admitía que un sistema libre de mercado, dejado por sí sólo, era altamente inestable, y podía llevar a resultados económicos y sociales autodestructivos.

Tras el indudable impacto de la obra de Keynes, ésta fue absorbida y dirigida por la ortodoxia dominante, y como siempre ocurre en estos casos fue subsecuentemente vulgarizada.

En este proceso de vulgarización donde tiene su origen el término "economía mixta". Esta sería una justa media entre capitalismo "salvaje" de *laissez faire* con predominio exclusivo de los

mercados, por una parte, y por la otra una economía autoritaria -el socialismo- en la que "la asignación de los recursos es determinada por el gobierno, obligando a los individuos y a las empresas a seguir los planes económicos del Estado".<sup>2</sup>

Estas dos alternativas extremas serán inconvenientes para dar solución al "problema económico" ahistóricamente concebido: qué, cómo y para quién producir.

Según los libros de texto, el Estado intervencionista regulador en la "economía mixta" así concebida, podría dar solución a dicho problema más eficientemente; sin la fluctuante inestabilidad y desperdicio de recursos y desempleo típicos de los mercados irrestrictos, y sin el despotismo torpe e ineficiente característico de las economías centralmente planificadas.

En general, se encuentra implícita una concepción del Estado como "árbitro" entre los distintos sectores y clases sociales. Su papel se circunscribiría básicamente a cuatro tipos de funciones:

- 1) Establecer un marco legal donde se fijan "las reglas del juego económico" para los agentes económicos (empresas, consumidores, etc).
- 2) Determinar, a través de política económica, niveles de demanda agregada que regulen la actividad económica a niveles de empleo socialmente aceptables.
- 3) "Corregir" los defectos de la economía de mercado, suministrando servicios básicos no rentables, y actuando contra distorsiones monopolísticas de todo tipo (incluyendo, por supuesto, a los sindicatos).
- 4) Establecer programas que resulten en una distribución del ingreso más justa y equitativa.

Prácticamente todos los textos introductorios de economía convencional son simplemente variaciones de este enfoque. Puede observarse cómo

el énfasis es en la esfera de la circulación: Cómo asegurar la realización rentable de la producción total, a través de la intervención del Estado en los gastos globales de la sociedad.

Ahora bien, todo el cuerpo teórico que servía de base a este tipo de políticas entró en una profunda crisis desde finales de la década de los 60. Actualmente se encuentran compitiendo varios enfoques alternativos, sin que ninguno pueda reclamar seriamente su predominio. Así en este sentido, no es de mucho interés lo que nos pueda ofrecer el enfoque de "economía mixta" de la teoría económica convencional.

Posteriormente, con el surgimiento del "tercermundismo" y los movimientos de independencia nacional contra los antiguos imperios coloniales, el término "economía mixta" adquirió otra connotación. El énfasis se desplazó hacia la esfera de la producción: se trataba de visualizar en qué grado debería participar el Estado en actividades productivas.

Economistas del calibre de Michael Kalecki, Charles Bettelheim, Oskar Lange y Paul M. Baran, trataron ampliamente sobre el tema, refiriéndose básicamente a procesos de planificación en países recientemente independizados como la India y Egipto entre otros. Dado que sus escritos<sup>3</sup> son bastante conocidos y son los precursores de elaboraciones más recientes sobre el tema, no nos detendremos mucho en los mismos. Sólo anotaremos que dichos autores se refieren a procesos para los cuales se requiere contribuir planes de desarrollo a largo plazo. Su contenido puede ir de simples pronósticos; pasar por planes indicativos, y culminar en planes con directrices obligatorias. Se presupone la existencia de un sector productivo estatizado y un sector privado, con el primero jugando un papel estratégico clave, particularmente en lo que concierne a las inversiones y a la composición de las mismas. La

<sup>3</sup> KALECKI, Michal. *Economía Socialista y Mixta*. FCE, México, 1976; Charles Bettelheim. *Planificación y Crecimiento Acelerado*, FCE, México, 1974; Paul M. Baran. *The Longer View*. Monthly Review Press, N.Y., 1972; y Oskar Lange. *La Economía en las Sociedades Modernas*. Grijalbo, México, 1966. *Planificación y Desarrollo Acelerado*, MR, Buenos Aires, 1933.

<sup>2</sup> SAMUELSON, Paul A. y William D. Nordhaus. *Economía*. McGraw Hill, México, 1984, p. 50.

inelasticidad de la producción agrícola, resultante de relaciones sociales de producción precapitalistas, le imponen una barrera al crecimiento del producto nacional, según el "modelo" de Kalecki. En general, son modelos bastante simples que reflejan mucho del "desarrollismo" típico de los años 50. Cabe destacar que el peso específico asignado a cada sector dependerá de las circunstancias propias de cada país, y no es un asunto teórico que se pueda definir a priori.

Así, podemos ver claramente que el término "economía mixta", en su evolución, ha tenido distintos significados, según la esfera económica donde concentremos el énfasis: producción y/o circulación. Sin embargo, cualquiera que sea el significado aceptado, éste tiene un aspecto cuantitativo y otro cualitativo. Posteriormente se verá la importancia de tener siempre en cuenta esta faceta del problema.

Si consideramos la esfera de la circulación, la participación de los gastos gubernamentales en la demanda agregada se ha venido incrementando tendencialmente, sobre todo desde la gran depresión de los años 30, en prácticamente todos los países capitalistas, independientemente del nivel de desarrollo de sus fuerzas creativas. Sin embargo, la composición cualitativa de los mismos difiere según las circunstancias, yendo desde el "Estado asistencial" (welfare state) sueco, hasta dictaduras de corte pinochetista, pasando por una gran cantidad de situaciones intermedias.

Por lo tanto, el hecho de que el Estado participe a través de sus gastos en la esfera de la circulación no tiene nada de inusitado, y no nos da base alguna para establecer que una economía sea "mixta".

Ahora bien, si nos desplazamos a la esfera de la producción también es posible afirmar que en mayor o menor grado las economías constituyen una mezcla entre un sector estatizado y un sector privado, variando las proporciones según la especificidad de cada caso. El efectuar tipologías cuantitativas según la participación relativa de cada sector no nos llevaría muy lejos y no pasaría de ser un ejercicio fútil y sin mayor significado. Sin

embargo, el significado más aceptado en la actualidad para el término "economía mixta" parece undir sus raíces en la esfera productiva, y será así nuestro punto de partida: la coexistencia e interacción mutua de un sector dominante de empresas estatizadas consideradas como estratégicas, con otro de empresas con formas de propiedad diversas.

Suponemos, desde luego, que el aparato estatal está controlado y gestionado por un gobierno de amplias masas populares con base en el pluralismo y el pluripartidismo, tras un proceso revolucionario. Es decir, una sociedad poscapitalista en la cual no se plantea una intervención estatal de gestión del capitalismo sino superación del mismo mediante profundas transformaciones sociales. Es lo que podríamos llamar una situación de poder popular.

Ciertamente, el plantear en esta forma la cuestión, necesariamente nos lleva al problema de la relación entre plan y mercado, una relación que se ha encontrado en el centro de muchos de los debates sobre la real o supuesta restauración del capitalismo en los países que hasta hace algunos lustros eran considerados sin muchas vacilaciones como los prototipos mismos del socialismo.

Evidentemente, el problema de la naturaleza social de los países llamados socialistas ha sido siempre un problema difícil para toda organización que en una u otra forma se reclame como revolucionaria. Y, ciertamente, no es un problema sencillo. Algunas prefieren simplemente soslayarlo, esperando que la historia lo resuelva a largo plazo. Otras tienen una larga y rica trayectoria al respecto, aunque muchas veces sus debates han adquirido un tono fuertemente escolástico, en la medida que se ha recurrido en los mismos a apelar a la autoridad de las citas extraídas de los textos clásicos del marxismo. No es nuestra intención en este artículo, adentrarnos en dicho debate. (El mismo será el tema de otro documento, que complementará el actual.) Baste decir que la cuestión del tipo de estructura económica poscapitalista ha surgido desde la revolución de octubre. Sabemos que Marx, a diferencia de los llamados socialistas "utópicos", evitó desarrollar un esquema detallado de la sociedad futura y solamente encontraremos

esbozos muy generales de la misma en la crítica del programa de Gotha. En rasgos muy generales, el socialismo allí planteado constituía una fase en la vía hacia el comunismo, con muchas de las características de este último ya vigentes. Se suponía un alto desarrollo en las de las fuerzas productivas, y no se veía como algo distante sino como una realidad alcanzable. Su diferencia fundamental con el comunismo sería, grosso modo, la persistencia de “normas de distribución burguesas”: la remuneración estaría de acuerdo con el trabajo y no con las necesidades. No habría -en lo económico- ni valor ni dinero, ni precios ni salarios: las relaciones del mercado tendrían su total desaparición.

Esto llevó a que importantes teóricos se plantearan como algo obvio, que no habría una economía política del socialismo. Así, Bujarin podía afirmar que “La economía política es la ciencia de economía nacional desorganizada. Sólo en una sociedad en la que la producción posee un carácter anárquico parecen las leyes de la vida social leyes ‘naturales’, ‘espontáneas’, independientes de la voluntad de los individuos y grupos, leyes que actúan con la ciega necesidad de la ley de la gravedad. Por supuesto tan pronto como nos encontramos en una economía nacional organizada, todos los “problemas” básicos de la economía política, como los precios el valor, la ganancia, etc., desaparecen pura y simplemente”. “En este caso, las relaciones entre los hombres ya no se expresan como ‘relaciones entre cosas’, por que en esa sociedad la economía no está regulada por las fuerzas ciegas del mercado, y de la competencia, sino por el plan conscientemente desarrollado. El fin del capitalismo y de la sociedad mercantil significa el fin de la economía política”.<sup>4</sup>

Es posible también encontrar tal tipo de planteamientos en Preobrazhenski y en Rosa Luxemburgo. De hecho, cuando Trotsky sostenía la imposibilidad del “socialismo en un solo país” se refería a este tipo de socialismo.<sup>5</sup> Obviamente,

<sup>4</sup> BUJARIN, Nicolai. *Teoría económica del período de transición, pasado y presente*. Córdoba, 1972.

<sup>5</sup> MANDEL, E.N. KRASSO, M. Johnstone. *El Marxismo de Trotsky, pasado y presente*. Córdoba, 1969.

sólo sería posible -se creía- con el surgimiento de procesos revolucionarios en los países capitalistas más avanzados. Ya en 1920, sin embargo, Lenin no estaba satisfecho con esta posición: no consideraba al capitalismo como “desorganizado sino como demasiado organizado”. Señalaba, también, la persistencia -incluso bajo el comunismo- de leyes económicas objetivas tales como la necesidad de distribuir el trabajo social en ciertas proporciones entre las distintas ramas de la economía.

No obstante, la creencia generalizada era la de que el manejo de una sociedad socialista planificada sería un asunto bastante simple.

El problema fundamental era la toma del poder: después de ello lo demás sería fácil. Así, Lenin podía aseverar en “El Estado y la Revolución”: “Y, a su vez, el desarrollo del capitalismo crea las premisas para que “todos” realmente puedan intervenir en la gobernación del Estado. Entre estas premisas se encuentra la completa liquidación del analfabetismo, conseguida ya por algunos de los países capitalistas más adelantados, la “instrucción y la educación de la disciplina” de millones de obreros por el amplio y complejo aparato socializado de correos, de los ferrocarriles, de las grandes fábricas, del gran comercio, de los bancos etc., etc.”.

“Existiendo estas premisas económicas, es perfectamente posible pasar en seguida, de la noche a la mañana, después de derrotar a los capitalistas y a los burócratas, a sustituirlos por obreros armados, por todo el pueblo armado, en la obra de controlar la producción y la distribución, en la obra de computar el trabajos y los productos”...

“Contabilidad y control: he aquí lo principal, lo que hace falta para “poner a punto” y para que funcione bien la primera fase de la sociedad comunista. En ella todos los empleados se convierten en empleados a sueldo del Estado, que no es otra cosa que los obreros armados. Todos los ciudadanos pasan a ser empleados y obreros de un solo “consorcio” de todo el pueblo; del Estado. De lo que se trata es que trabajen por igual, observando bien la medida de trabajo, y de que ganen equitativamente. El capitalismo ha simplificado hasta el extremo la contabilidad y el

control de esto, reduciéndolos a operaciones extraordinariamente simples de inspección y anotación, accesibles a cualquiera que sepa leer o escribir, conozca las cuatro reglas aritméticas y sepa extender los recibos correspondientes”.

“Cuando la mayoría del pueblo comience a llevar por su cuenta y en todas partes esta contabilidad, este control sobre los capitalistas (que entonces se convertirán en empleados) y sobre los señores intelectualillos que conservan sus hábitos, éste control será realmente universal, general, del pueblo entero, y nadie podrá rehuirlo, pues “no habrá escapatoria posible”.

“Toda la sociedad será una sola oficina y una sola fábrica, con trabajo igual y salario igual”.<sup>6</sup>

Bujarin, por su parte, establecía en su ABC del comunismo, que: “La base de la sociedad comunista tiene que ser la propiedad social de los medios de producción e intercambio. Maquinaria, locomotoras, barcos, fábricas, depósitos, graneros, minas, teléfonos y telégrafos, la tierra, las ovejas, los caballos, el ganado, deben estar a la disposición de la sociedad. Todos estos medios de producción deben estar bajo capitalistas individuales o de combinaciones de capitalistas. Qué queremos decir? que la propiedad y el control no son el privilegio de una clase sino de todas las personas que constituyen el la sociedad. En estas circunstancias la sociedad será transformada en una enorme organización para la producción cooperativa. No habrá ni desintegración de la producción ni anarquía de la producción. En tal orden social la producción estará organizada. Ya no competirá una empresa con otra; las fábricas, los talleres, las minas y otras instituciones productivas serán todas subdivisiones, por así decirlo, de un vasto taller del pueblo, que abarcará toda la economía nacional de la producción. Es obvio que una organización así de comprensiva presupone un plan general de producción. Si todas las fábricas y talleres junto con toda la producción agrícola se combinan para formar una inmensa empresa cooperativa, es obvio que

todo debe ser precisamente calculado. Tenemos que conocer por adelantado cuánto trabajo asignar a las varias ramas de la industria; qué productos se requieren, y cuanto de cada uno es necesario producir; cuándo y dónde deben proveerse las máquinas. Estos y similares detalles deben ser pensados de antemano, con al menos una exactitud aproximada, y el trabajo debe ser guiado conforme a nuestros cálculos. Esto es como la organización de la producción comunista se efectuará. Sin un plan general, sin un sistema general directivo, sin una contabilidad y cálculo cuidadosos, no puede haber organización. Pero en el orden social comunista, existe tal plan”.<sup>7</sup>

La experiencia subsecuente de más de 70 años demostraría que la visión de la sociedad socialista como “una gran empresa cooperativa” regida mediante simples técnicas administrativas estaba muy fuera de foco. No se trataba de “una sola oficina y una sola fábrica”, sino de millares de ellas, aun en un país pequeño como es el caso de Cuba y Nicaragua, o el nuestro. Evidentemente, debe surgir algún mecanismo coordinador, a fin de evitar el caos y obtener las metas sociales deseadas. No es meramente un asunto de “inspección, anotación, y expedición de recibos”.

Sin embargo, debido en gran parte al enorme peso de la herencia ideológica, se creía que el plan centralizado sustituiría fácilmente al mercado, y la tolerancia de este último sería un compromiso táctico temporal (la NEP, por ejemplo), puesto que era un mal necesario que eventualmente desaparecería. Brillantes debates tomarían lugar posteriormente, antes de que la reacción stalinista acabara con todo fermento intelectual independiente. En Occidente, por otra parte, fue importante el debate teórico entre el economista polaco Oskar Lange, y los ideólogos conservadores L. Von Mises y F. Hayek, en los años 30, proponiendo un “socialismo de mercado” a las objeciones sobre la imposibilidad teórica de un sistema planificado. (En este debate, sin embargo, Lange acepta la persistencia

<sup>6</sup> LENIN, V.I. *Obras Escogidas*. Tomo 2. Ediciones Lenguas Extranjeras, Moscú, 1960. pp. 384-385.

<sup>7</sup> BUKHARIN, Nikolai. *The ABC of Communism*. Ann Arbor Paperbacks, University of Michigan Press, 1966.

del mercado, y su instrumental analítico era el de la teoría económica convencional. Algunos ven su propuesta como una precursora del "socialismo de mercado" yugoeslavo.) Por su parte, los primeros intentos prácticos de planificar sobre la base de los "Balances Materiales" sentaron los fundamentos del moderno análisis de Insumo-Producto, pero este desarrollo quedaría trunco (W. Leontieff basó el mismo su experiencia soviética. Desafortunadamente tuvo que abandonar la Unión Soviética en 1926, y sería tan sólo en la década de los 50 que las técnicas mencionadas se empezarían a utilizar en los países socialistas. Definitivamente, entre más obtuso es un dictador, más autorizado se siente a opinar sobre todos los aspectos).

Posteriormente, se cristalizó el actual sistema de planificación que todos identificamos con el "socialismo real". En cuanto a la producción teórica correspondiente, no es exagerado aseverar que su nivel es bastante deficiente, y no merece que nos extendamos en analizar la misma. Para presentar sucintamente la evolución posterior de los acontecimientos, en relación con el tema que aquí nos preocupa, creemos conveniente transcribir una cita de la pluma de dos conocidos y destacados economistas estadounidenses: Paul M. Sweezy y Leo Huberman: "El problema afronta por la nueva sociedad socialista que nació de la Revolución rusa de 1917 era diseñar un mecanismo coordinador para remplazar el mercado...La Unión Soviética, como emergió de la espantosa devastación de las guerras civil e internacional a comienzos de los años 20, era demasiado débil para intentar grandes innovaciones sociales. Bajo la Nueva Política Económica, adoptada por el patrocinio de Lenin en 1921, se le permitió al mercado jugar su papel coordinador tradicional durante lo que se concibió como un periodo de recuperación". Tras evaluar el florecimiento del capitalismo rural, donde residía la mayor parte de la población, los autores se refieren a la colectivización forzada de la agricultura y al lanzamiento del Primer Plan Quinquenal con miras a industrializar el país. Según Sweezy y Huberman, "este fue el comienzo del experimento soviético para sustituir el mercado por una planificación burocrática centralizada como el mecanismo coordinador de la economía entera" donde las unidades económicas efectuaban sus

decisiones "de acuerdo con directivas detalladas emanadas de la Junta de Planificación Estatal en Moscú". Según los autores, "estas directivas...eran el resultado de un complicado proceso en el cual las unidades económicas locales y regionales sometían respuestas que iban hacia arriba al centro a través de las cadenas de mando relevantes, siendo a menudo modificadas en el camino, y eran finalmente configuradas y coordinadas en un todo coherente por la Junta de Planificación. Las directivas iban luego hacia abajo por las mismas rutas, terminando como planes obligatorios de acción (abarcando tecnología, trabajos e insumos de capital, cantidades para ser producidas y vendidas, etc.) para todas las unidades de la economía socializada". Para los autores, "en términos de industrializar el país y construir su potencial de defensa contra las amenazas nazi y japonesa -y éstos eran los objetivos reales de Stalin, no la realización de las metas históricas del movimiento socialista- el nuevo sistema de planificación fue todo un éxito tremendo, hasta el punto de que era ampliamente aceptado que los métodos de planificación soviéticos eran tan naturales al socialismo como el mercado lo era al capitalismo. No tomó mucho tiempo para que los defectos de este sistema de planificación centralizada surgieran a la superficie. Eran esencialmente de dos tipos, y pueden a grandes rasgos clasificarse como económicos y políticos. Por el lado económico el sistema era excesivamente rígido ante las economías cambiantes; producía bienes y servicios de mala calidad; era irresponsable a las necesidades de los consumidores, y por sobre todo, no tuvo éxito, en desarrollar un conjunto coherente de criterios mediante los cuales juzgar la racionalidad de la utilización de recursos por la varias unidades de la economía y permitió por lo tanto el crecimiento incontrolado del desperdicio y la ineficiencia. Por el lado político, descansaba en, y alimentaba, una burocracia a todos los niveles y utilizaba incentivos materiales para lograr que los obreros trabajaran y los gerentes cumplieran, y si fuese posible excedieran, las metas del plan; y por ambas razones el sistema acentuó la desigualdad material y social, creó una brecha cada vez más amplia entre un estrato dominante privilegiado y las masas, acentuó el cinismo sobre los ideales y propósitos del socialismo, y colocó obstáculos aparentemente insuperables en la vía hacia un

avance hacia el tipo de sociedad por la cual los socialistas revolucionarios tradicionalmente habían luchado”.

“A la luz de todas estas fallas -y la lista está lejos de ser completa- se hizo crecientemente obvio, no menos en la Unión Soviética, que eran indispensables cambios radicales”.<sup>8</sup>

Ahora bien, el trabajo citado fue escrito por Sweezy y Huberman al calor del entusiasmo generado por la “Gran Revolución Cultural Proletaria” de China. No es de sorprenderse, en consecuencia, que los autores ofrescan dos salidas al “impasse” afrontado por dichos países: a) “colocar una mayor confianza en el mercado, con sus disciplinas automáticas y sus criterios de rentabilidad”, lo cual implica el empleo de métodos capitalistas para la obtención de objetivos socialistas; una contradicción sin esperanzas que en largo plazo llevaría a que los medios capitalistas crearan y sirvieran sus propios fines capitalistas. Naturalmente, los autores presentan a Yugoslavia como en ejemplo negativo de lo que ocurre cuando se prosigue esta opción (más adelante nos referiremos a lo realmente ocurrido en esa interesante experiencia); b) “introducir una mayor descentralización y flexibilidad sin asignarle un papel más grande al mercado”. Esto implicaría asignarle a organismos e individuos a niveles regional y local una mayor responsabilidad e independencia, y confiar en que su criterio los lleven a que utilicen su poder con miras a obtener fines socialmente deseables. Nótese que a este nivel de generalidad, el asunto parece bastante simple. Tanto como en las presentaciones de Lenin y Bujarin anteriormente citadas. En este caso -y esta era una forma de razonar muy típica de esa época- era crucial que el partido revolucionario en el poder elevara permanentemente el nivel de conciencia social de gerentes y obreros con cargo de responsabilidad, a fin de instalar en ellos un deseo de servir no sus propios intereses privados o del grupo sino más bien los intereses del pueblo como un todo”. Para proseguir la segunda opción, por

supuesto, se requiere del liderazgo esclarecido de una gran dirigente como Mao; que nos otorgue con su inspiración una línea política correcta, etc., etc. Tal vez lo anterior parezca un tanto caricaturesco, pero un examen de la literatura de la época testifica a nuestro favor. En un debate posterior entre Sweezy y Bettelheim, se establecía que la contradicción mercado/plan era sólo la forma aparental de un problema más fundamental: qué clase se encontraba en el poder. Esto se resolvía determinando si la línea política era correcta, algo para lo cual Bettelheim nunca proporcionó realmente criterios objetivos, ya que la discusión estuvo envuelta en un manto fuertemente escolástico.

No discutiremos aquí el resultado para la República Popular China de haber adoptado la segunda opción. Todo ello es ya parte de la historia, y la ironía es que el empleo de mercado de China está tomando un lugar en la actualidad sin acompañarlo, al menos, con una discusión democrática del mismo.

Así, queda sobre el tapete la necesidad de discutir seriamente y a fondo el papel del mercado en un proceso revolucionario, a fin de evitar incurrir de nuevo en el experimento fracasado de intentar suprimirlo mediante políticas voluntaristas, tal fueron los casos del “Comunismo de Guerra” en la Rusia de los 20 y la “Revolución Cultural China” en los 60.

Es interesante constatar que la abrumante mayoría de quienes en una y otra forma aceptan la visión económica marxista, rechazan la posibilidad de concebir, en el largo plazo, una economía planificada donde la persistencia de las relaciones mercantiles y un sector privado no se vea como una cuestión simplemente táctica, sino como un asunto estratégico de la mayor importancia. Desde los brillantes escritos de los años 20 (Bujarin, Preobrazhensky, Rubin, etc.), pasando por los insoportables manuales de la Academia de Ciencias de la URSS (Nikitin, etc.) y concluyendo con las eruditas pero dogmáticas obras de E. Mandel, todas las vertientes marxistas que tienen alguna pretensión de ortodoxia, consideran inevitable

<sup>8</sup> HUBERMAN, Leo y Paul M. SWEEZY. *Socialism in Cuba*. Monthly Review Press, N. Y., 1969. pp. 156-58.

la desaparición de todo tipo de forma de mercado. Las diferencias son tan sólo de énfasis, siendo quienes tienen las pretensiones de poseer la ortodoxia más destilada los más estrictos al respecto. Como lo vimos arriba, tal coincidencia no es casual, sino que unde sus raíces en Marx mismo. Creemos, por lo tanto, que es indispensable discutir al menos los que podrían considerarse como "elementos utópicos" del pensamiento económico marxista, a fin de determinar la validez de su status teórico y práctico ante los problemas que eventualmente tendrá que afrontar todo proceso revolucionario en los umbrales del siglo XXI.

Cuando se efectúa una revisión detallada de los principales escritos de los clásicos marxistas sobre los rasgos principales de las sociedades post-capitalistas, encontramos que éstos, en su abrumadora mayoría, dan por sentada la inevitable desaparición del mercado. Sus corolarios son, también, la desaparición del Estado y del dinero -al menos en sus funciones represivas y como capital, respectivamente-, de la distinción entre ciudad y campo, entre industria y agricultura, entre trabajo manual e intelectual, etc. Sería redundante traer aquí a su colación citas de los escritos de Marx y Engels, Bujarin, Trotsky, Lenin, Luxemburgo, etc., al respecto. El punto principal es que tal visión de la sociedad post-capitalista se basa en el supuesto de que la misma se fundará en un grado de desarrollo de las fuerzas productivas y de la productividad del trabajo, que nos permite suponer una abundancia generalizada, esto es la desaparición de la escasez absoluta y relativa. Económicamente, esta abundancia significa la posibilidad de satisfacer la demanda de la totalidad, o al menos de la mayor parte de los productos y servicios, a precio cero, sin que ninguna persona en sus cinco sentidos quede insatisfecha o demande más de un bien reproducible.

En cuanto a la escasez absoluta, ésta se entiende en términos de productos y recursos no reproducibles, como ciertos recursos minerales, o tierras en ubicaciones específicas. Las famosas recomendaciones del Club de Roma se basan en el eventual agotamiento de los recursos naturales no renovables, y algunos marxistas postulan la

necesidad de un Estado autoritario que "racione la escasez".<sup>9</sup>

En realidad, esta situación es pertinente a un área limitada de la economía y es más relevante plantearse una situación de escasez relativa, donde es posible disponer de cantidades adicionales de cada uno de los distintos bienes y servicios reproducibles, pero solamente a costos -tanto pecunarios como sociales- crecientes, esto es, al costo de sacrificios de producciones alternativas.

Bien sabemos que esto corresponde al concepto de "costo de oportunidad" de la teoría económica convencional; cuál es la cantidad de un producto que se debe sacrificar a cambio de incrementar la producción de otro. Subyacente tras el mismo se encuentra el puesto de la plena utilización de todos los recursos y la fuerza de trabajo disponibles. Creemos que es un concepto particularmente relevante para economías donde la adecuada utilización de los recursos y el trabajo social puede ser una cuestión de vida o muerte. La realidad es que la situación hipotética de una "abundancia generalizada" que implique la satisfacción saturada de todas las necesidades, es ya un supuesto insostenible, rechazado por un número creciente de investigadores marxistas serios.

Si consideramos que más de la mitad de la población mundial es muy pobre, y que pretender que la misma alcance niveles de vida y patrones de consumo no privatizado similares a los de los sectores de altos ingresos de la E.U.A., es propugnar por la deforestación y la contaminación intesivas del planeta en el largo plazo, sin que obviamente se alcance la meta propuesta, estaríamos de acuerdo en tener serias reservas sobre la viabilidad de la abundancia generalizada. Según el economista inglés, Alec Nove, "la abundancia, en este sentido, es un supuesto inaceptable. Y algunos marxistas también compar-

<sup>9</sup> Esto es subrayado por Alec Nove, *La Economía del socialismo Factible*, Siglo XXI, México, 1987. Nove es un prestigioso economista inglés, sin pretensión alguna de ortodoxia marxista, que ha dedicado toda su carrera académica al estudio de la economía soviética. eicientemente ha polemizado con E. Mandel sobre el "socialismo factible", en las páginas de la revista *New left Review*, con resultados no muy favorables para Mandel.

ten mi punto de vista. Así, Adain Foster-Carter ha escrito: "Para los marxistas ya no existe la abundancia, se puede decir que siempre fue una noción sin sentido, pero a partir de ahora habrá que aceptar la escasez como algo más que una mera pesadilla de la economía burguesa" (en E. de Kadl y G. Williams, comps. *Sociology and Development*, Londres, Tavistocko, 1974, p.93)...Aquellos cuya fe descansa en la creencia en una futura abundancia ignorarán sencillamente estas palabras y se aferrarán al optimismo de Marx acerca de la tecnología y la disponibilidad de los recursos. Es bastante comprensible que Marx atacase a Malthus en 1880, y que subrayase la importancia de los recursos terrestres todavía utilizados, pero es menos excusable que los seguidores de Marx, con pocas excepciones, sigan la misma línea en la década de 1980... Todo lo que se puede afirmar es que la balanza de posibilidades se inclina hacia la continuación de la escasez, la inalcanzabilidad de la abundancia, lo que no excluye en absoluto mejoras en el nivel de vida".<sup>10</sup>

Lo anterior implica que si se plantea el socialismo como una sociedad viable, que sea capaz no solamente de sobrevivir sino de proveer soluciones a los desafíos afrontados por las economías y las sociedades del mundo contemporáneo, debemos plantearlo en condiciones de escasez. Es decir, una situación de conflicto con relación a la asignación de los recursos y el trabajo social entre finalidades alternativas en competencia mutua unas con otras.

Esto, desde luego, plantea necesariamente la persistencia -e inclusive, la intensificación si las circunstancias son adversas- de conflictos de intereses entre clases, capas sociales, individuos y la sociedad como un todo. Estos tendrán que ser reconocidos como normales, y no como remanentes de la pasada estructura de clases o como efecto de conjuras imperialistas. Los problemas tendrán que ser afrontados por la intervención consciente de instituciones comunales; vistas éstas como la "mano visible" que actúa a nombre de la sociedad como un todo. Ello, desde luego, nos lleva necesariamente a considerar la de-

mocracia, no como un compromiso táctico, sino como una cuestión de carácter permanente. A este punto regresamos más en detalle posteriormente.

Complementario con lo anterior, se encuentra el problema de la propiedad estatal sobre los medios de producción, más comunmente conocido como el sector nacionalizado.

Tradicionalmente, se identificaba al capitalismo con la propiedad privada o capitalista (V.gr. las Sociedades Anónimas) sobre los medios de producción acompañada por la existencia del trabajo asalariado. Ello hacía posible que el sobreproducto social por encima de lo consumido por los trabajadores considerados como productivos, en el modo de producción capitalista asumiera la forma de plusvalía, parte de la cual, en las manos de los capitalistas, se convirtiera en capital. De allí se desprendía que una premisa fundamental del socialismo era la expropiación de los capitalistas y la transferencia de los medios de producción a propiedad común. Así, el trabajo excedente no sería apropiado por el capital como ganancias. Sin embargo, surgirían serias dificultades con respecto a la noción misma de la propiedad común. Por lo general, se creía que el problema se solucionaba a través de un partido de trabajadores que representaba los trabajos de la clase obrera y que administraría a nombre de ésta los medios de producción. Así, el socialismo surgía como una ecuación muy simple: nacionalización más el partido. Desde luego, el ingrediente adicional era el plan, el cual sustituyó las relaciones de mercado, al menos en el largo plazo. Esta fórmula que aún tiene una considerable influencia, se cristalizó en dogma a finales de los años 30, cuando al constituir la en la esencia misma del socialismo, Stalin podía sostener entonces sin equívocos que ésta ya había sido construida "en un sólo país". Así, si el socialismo de Trotsky hundía sus raíces en la concepción hoy considerada utópica de una abundancia generalizada -posible sólo a nivel internacional, con los países más industrializados-, la del stalinismo era estrecha, pero simple y sin ambigüedades aparentes. Sin embargo, comenzaron a hacerse cada vez más obvias con el transcurso del tiempo:

- a) Representa el Partido Leninista de una manera adecuada los intereses de los productores?
- 2) Aún aceptando que lo haga, asegura la propiedad

<sup>10</sup> NOVE, *Atec. Idem.* pp. 24-26.

jurídica formal sobre los medios de producción que el estado y los productores directos tengan un poder real de control sobre la economía?. En este segundo punto el que elaboraremos con algún detalle, ya que nos proporciona una base importante para dar respuesta al primer interrogante.

Sabemos que, si se va a hablar seriamente del socialismo, lo fundamental es que sea la sociedad con toda su compleja pluralidad de sectores y estamentos, quien tenga el control de los medios de producción y sus productos. Es decir, que si el significado de lo anterior es sustantivo y no meramente formal, entonces no se debe continuar identificando nacionalización con socialización. La nacionalización (o estatización) de los medios de producción implica dar un paso hacia la socialización, en la medida en que un acervo (stock) queda potencialmente disponible para su utilización colectiva por parte de la sociedad; al menos a un nivel macroeconómico. Sin embargo, lo fundamental es la socialización del sobreproducto social, esto es, un flujo que surge período tras período. Ciertamente, una medida en la dirección de dicha socialización puede ser la nacionalización del acervo de medios de producción existentes en un momento dado. Creemos, sin embargo, que el control efectivo de la magnitud y la composición del sobreproducto social no necesariamente se logra mediante la nacionalización masiva de todos los medios de producción. Y ni siquiera de la mayoría de ellos. Esto debería ser obvio tras la experiencia de los llamados "socialismos reales", a los que regresaremos posteriormente. Por otra parte, con tal internacionalización del circuito del capital en todos sus momentos -capital financiero, productivo y comercial- la tradicional tensión entre la tendencia del capital a expandirse internacionalmente y la confinación del estado nacional a sus propios límites geográficos, se ha intensificado hasta el límite de plantear problemas complejos que no es posible solucionar mediante las tradicionales propuestas de nacionalización. Esto es particularmente cierto para el caso de los países latinoamericanos.

Hoy en día, una empresa es parte de un circuito del capital más amplio, que por lo general rebasa los límites nacionales. Esto es aún más relevante

para los llamados sectores "de punta". Puede ocurrir que los suministros de insumos -la llamada "producción hacia arriba"- estén ubicados en áreas geográficas y políticas muy distantes del punto de producción, mientras que a toda la red del almacenaje, transporte y distribución al por mayor y detal -la llamada "producción hacia abajo"- lo mismo que a la demanda final, les ocurra otro tanto.

Esto plantea, de hecho una problemática diferente. Según Robin Murray, un estudioso inglés de dicha problemática, "usualmente habrá un punto dominante en ese circuito que, si se monopoliza, le permitirá a quienes lo controlen succionar ganancias excedentes del circuito como un todo. En la industria filmica son los distribuidores. En el procesamiento de alimentos son los detallistas, en la industria automotriz los ensambladores, en la industria química los que controlan las patentes de los productos, y en electrónica de alta tecnología las firmas internacionales de mercadeo. Generalmente, con el desarrollo del capitalismo, el poder ha tendido a desplazarse de la producción inmediata en la fábrica hacia el control de nueva tecnología y de los sistemas de distribución y mercadeo.

En algunos casos, la empresa dominante puede recurrir a tener la propiedad vertical de todo el circuito por razones de control de calidad, seguridad en los suministros, o simple prevención contra los rivales. Pero la propiedad presenta problemas: de reacciones políticas, de control laboral, o de incentivos de gerencias. Consecuentemente, ha tomado lugar un claro desplazamiento del "control mediante la propiedad" hacia el "control mediante contrato".

Muchos productores multinacionales de productos primarios, para utilizar sus propias palabras, se han "retirado de la tierra". Algunos han estimulado la producción campesina en pequeña escala con base a contratos, en lugar de la agricultura de plantación. Otros le han dado la bienvenida a la nacionalización (aunque no a la expropiación) de sus activos primarios, o se los han vendido a consorcios locales. En su lugar, estas multinacionales se han consolidado alrededor del suministro de tecnología de productos primarios, de sistemas avanzados de gerencia, y de

mercadeo internacional, y/o han desarrollado sustitutivos sintéticos que pueden ser producidos en fábricas del Primer Mundo en vez de tierras del Tercer Mundo".<sup>11</sup>

Las implicaciones de lo establecido arriba son obviamente de vasto alcance. Murray ilustra este hecho con una serie de ejemplos de lo ocurrido con la política de estatizaciones en Zambia, Yemen del Sur, y Etiopía. En el caso de Zambia, la nacionalización del cobre no proporcionó control alguno sobre los mercados del mismo en el exterior, un eslabón clave de la cadena internacional. En Etiopía, las nacionalizaciones de múltiples plantas industriales sirvieron para que los proveedores realizaran su capital, mientras que el estado etíope absorbía las pérdidas. Podría aseverarse que la nacionalización implica control sólo en el caso de países altamente industrializados que estatizan sus propias multinacionales. Y aún así, tal acción debe ser complementada con toda una estrategia de expansión de la multinacional nacionalizada en el exterior, acompañada de adquisiciones de plantas en otros países, tal como lo plantean sectores de la Izquierda del Partido Laborista Británico.

Las conclusiones del autor son tajantes: "Primero, la nacionalización le puede dar a un gobierno el control de una planicie en vez de una altura dominante. En segundo lugar, si se puede monopolizar el control sobre un segmento clave del circuito, entonces este se puede ejercer sobre el resto del mismo, este o no complementado con la propiedad formal. De hecho, el capital se ha retirado de la propiedad, reemplazando los títulos formales con contratos, sistemas de inspección, especificaciones de diseño, etc. Contratistas y subcontratistas se convierten en prisioneros de su propiedad. En tercer lugar, en la mayoría de los industriales el circuito directo del capital es ahora internacional, y así, por lo tanto es el problema de control. Esto plantea problemas de mayor amplitud".<sup>12</sup>

Así, vemos claramente que la nacionalización de

<sup>11</sup> MURRAY, Robin. "Ownership, control and the Market", *New Left Review*, No. 164, julio-agosto, 1987.

<sup>12</sup> MURRAY, Robin. *Idem*, p. 90.

por sí no implica socialización, entendida esta última como control de los productores sobre las condiciones de poder y sus productos, si aceptamos que lo fundamental es la determinación y el control de la magnitud y la composición del sobreproducto social, el cual asume la forma de valor excedente o plusvalía en el capitalismo, y que dicho control no queda asegurado al estatizar los medios de producción, entonces se hace necesario concebir una situación caracterizada por una multiplicidad de formas de propiedad, situación que obviamente implica la existencia de una democracia pluripartidista amplia.

Pero existen también otras razones por las cuales no es recomendable la total nacionalización de los medios de producción acompañada de un plan centralizado hasta el último detalle. Generalmente -y esto es particularmente evidente y repetitivo en los numerosos escritos de E. Mandel- se hablaba de las ventajas de la planificación consciente sobre el carácter anárquico en términos de una lucha a muerte entre la "lógica de la planificación" versus la "lógica del mercado" (ley del valor).<sup>13</sup> Bajo la primera, el trabajo adquiriría su carácter directamente social desde el momento mismo en que se asignara, sobre la base de un conjunto de necesidades establecidas previa y conscientemente ex-ante por las autoridades planificadoras a nombre de la sociedad como un todo. En contraste, bajo el imperio del mercado el carácter social del trabajo solamente era válido ex-post, una vez que el acto de compra-venta se había llevado a cabo. Esta validación a posteriori del trabajo por parte de la demanda solvente resultaba en un enorme desperdicio de recursos y en traumáticas fluctuaciones económicas de carácter cíclico. A un alto nivel de abstracción, lo anterior es cierto, sin embargo, la asignación ex-ante de los recursos y el trabajo social, mediante un plan, previamente establecidas las necesidades por la sociedad; aunque suene sencillo, dista mucho de serlo. En el Tomo I de *El Capital*, Marx establece un paralelo con Robinson Crusoe y luego con una unidad patriarcal o

<sup>13</sup> MANDEL, Ernest. "La Economía Soviética Hoy: ¿Hacia el Capitalismo o el Socialismo?" *Humanidades*, Revista de la UIS, Vol. 7 No. 7, junio 1976, Bucaramanga, Colombia.

“sociedad de hombres libres”, donde la unidad planificadora puede observar directamente y escoger entre alternativas. Objetivos, acción, medios y resultado están así vinculados de inmediato en esta planificación bucólica. Sin embargo, en una economía compleja y diversificada como la de la URSS de hoy, donde -según Nove- existen cerca de 12 millones de productos diferentes, más de 50 mil plantas industriales y miles de empresas constructoras, agencias de transporte, granjas colectivas y estatales y establecimientos mayoristas y minoristas, el proceso de elaboración e implementación y ejecución de un plan es infinitamente mucho más complicado. Obviamente, afrontamos aquí un problema de escala e innumerables interdependencias. Difícilmente puede concebirse que algunas de estas unidades económicas pueda producir, transportar, almacenar o distribuir nada sin la cooperación coordinada de otras unidades económicas que pueden ser sus proveedoras de insumos o demandantes de sus líneas de producción.

Ahora bien, se creía que el sistema centralizado de asignaciones de insumos y metas de producción en términos físicos, con el dinero desempeñando un papel pasivo de unidad de cuenta, podría funcionar lo mismo en la actualidad que como en la época staniliana, cuando todos los esfuerzos podían concentrarse en una lista relativamente breve de medios de producción estratégicos. Pero aún, esta creencia era compartida por virtualmente todas las corrientes del espectro político Marxista. La historia, sin embargo, le ha dado un mentis contundente a la anterior creencia. Todas las economías así planificadas han entrado en una fase de verdadero estancamiento, que no puede ser atribuido “al revisionismo” sino a características inherentes al sistema mismo. Tres de ellas son ya particularmente evidentes:

a) La proliferación de instancias burocráticas a todos los niveles. Creemos que ya es hora de dejar de atribuir este fenómeno a aspectos básicamente subjetivos tales como la “traición” de algún líder supremo; la “aplicación de una línea de clase” equivocada, etc.

Para utilizar la palabras de Nove, “si hay que tomar miles o incluso millones de decisiones

interconectadas e independientes para asegurar la producción y la distribución de los bienes que la sociedad necesita...es precisa una maquinaria administrativa compleja para asegurar la coordinación y las responsabilidades necesarias”. Ahora bien, dado el sistema centralizado, que es la consecuencia de la eliminación del mercado, la existencia de una burocracia poderosa se convierte en una necesidad funcional. Un autor soviético indudablemente sarcástico observa: “Las matemáticas han calculado que la elaboración de un plan preciso y plenamente integrado para el suministro de materiales sólo para Ucrania durante un año requiere el trabajo de toda la población mundial durante 10 millones de años” (O. Antonov, *Dliavsej i aila Sebia*, Moscú, 1965, p.23).<sup>14</sup>

Y la proliferación burocrática no es solamente en términos de personal sino también de una jerarquía de instancias a todos los niveles. Dado que la literatura al respecto es muy abundante, no nos extenderemos más sobre el asunto. Simplemente destacaremos que tal situación es parte destacada de la base objetiva para el surgimiento del stanilismo.

b) El conflicto entre la toma de decisiones a nivel microeconómico -unidades productoras y consumidoras- y un plan central detallado. En primer lugar, surge el problema de elegir y establecer en detalle las necesidades de la sociedad, a fin de jerarquizarlas y articularlas adecuadamente. Esto implica que innumerables decisiones microeconómicas deberán ser tomadas por las instancias planificadoras y éstas no tienen necesariamente que coincidir con las necesidades. Suponer que los planes reflejan de una manera bastante fiel las necesidades implica suponer que el “partido rector” y sus planificadores son infalibles, y que no existen problemas inherentes al centralismo tales como inercia, rutinarismo, rechazo a la innovación tecnológica, etc. Sabemos bien que esto no es así, y que el sistema tiene problemas serios de desabastecimiento -o, su contrario, acumulación de inventarios-, mala cali-

<sup>14</sup> NOVE, *Alec. Idem.* pp. 53-54.

dad, ausencia de cambio tecnológico y variedad, etc. Atribuirselos a la frialdad burguesa no los soluciona. En general, es equivocado suponer que la asignación ex ante de los recursos sociales hechos por el plan es correcta por definición. Menos aún si hay participación democrática de los distintos sectores y grupos sociales en la elaboración del mismo. Para saber si dicha asignación fue correcta, debemos asegurar la existencia de medios de verificación a posteriori.

Por otra parte, debe existir algún mecanismo de retroalimentación que, una vez verificados los resultados expost por los usuarios -y en esto han sido particularmente ineptas estas economías-, surjan "señales" dirigidas hacia quienes diseñan los planes y deciden sobre la producción y la distribución, a fin de que se tomen las medidas correctivas del caso, generalmente, la naturaleza de la actividad y del producto influyen mucho en las posibilidades de verificación. Cuando afrontamos maquinaria y equipo altamente sofisticados, como barcos o centrales hidroeléctricas, hasta el capitalismo hay planificación ya que los productos se elaboran por pedido donde se estipulan las especificaciones de los mismos. En industrias plenamente integradas las interrelaciones entre las distintas plantas de la cadena productiva son de carácter meramente contable. Esto ha sido subrayado por Mandel cuando rechaza el mercado. Olvida, sin embargo, que la demanda de tales medios de producción está condicionada en última por la de los medios de consumo que estos ayudan a producir. Como lo ha demostrado palmariamente la experiencia, el periodo de gestación de una inversión en grande escala, y posterior duración, son factores importantes, que hace que las producciones ex ante puedan desbaratarse ante cambios en las técnicas o en las preferencias de los usuarios. Sólo si nos situamos en un contexto estático de equilibrio, podemos abstraernos de la verificación a posteriori. Así, planificable ex ante, la producción de maquinaria y equipo pesado requiere una evaluación posterior.

En el terreno de los medios de consumo, la situación es mucho más compleja. En este caso, la heterogeneidad de los productos y la multiplicidad e imprevisibilidad de las posibles

elecciones son tales que es imposible conocer ex ante la composición de la demanda. Los planificadores tenderán correctamente a limitar al máximo el número de opciones y a standardizar los productos; es decir, a que la producción determina el consumo y los compradores lo "tomen o lo dejen". Es lo que se da en llamar un "mercado de vendedores" con todas sus secuelas. En las fases iniciales de un proceso de cambio social con racionamiento, esto será inevitable. Pero no debe ser concebida como una situación de carácter permanente. Y el no hacerlo, aceptando que uno de los frutos de un proceso de cambio, esperando por la población, es la diversidad y la buena calidad de los medios de consumo, es aceptar también el desarrollo de relaciones mercantiles en la esfera del consumo y no su eventual desaparición. Sugerir, como lo hace Mandel en su polémica con Nove, que el problema se reduce a que comités de usuarios democráticamente elegidos le "pregunten a la gente" cuáles son sus preferencias, como si no hubiesen problemas de diferencias de calidades o de intensidades de deseos, es simplemente desplazarse a un mundo de "Alicia en el País de las Maravillas". Parecería que las comunas hippies de los 60 no fuesen ya un recuerdo romántico de dicha década.

c) El problema de los incentivos en la implementación de los planes. Si aceptamos la diversidad de intereses en un marco de escasez, debemos también aceptar como normal que dichos intereses afecten a los flujos de información destinados a las instancias encargadas de elaborar el plan, independiente del grado de democracia existentes en las instituciones que proporcionan la información. En un sistema elaborado de planificación, cercano a la plena utilización de los recursos, las unidades económicas tienden a reportar sus necesidades de una manera sobreestimada, a fin de afrontar posibles contingencias debidas a diferentes causas. Los proveedores, por su parte, encuentran ventajoso desestimar la calidad ya que cuentan con clientes cautivos ("mercados favorables al vendedor"). Esto resulta en tensiones inherentes al sistema de planificación. Por otra parte, es ya bien conocida la tendencia de unidades económicas a subestimar la capacidad real a fin de obtener metas de producción relativamente fáciles de cumplir y

sobre pasar; elevándose así las remuneraciones de las estancias de gestión de las mismas. Esto ya no puede ser considerado como casos aislados de "corrupción política", sino como una característica congénita del sistema. En la práctica, esto ha llevado a toda una proliferación de "indicadores de éxito". Dado que las instrucciones deben expresarse en unidades (toneladas, metros, cuerdas, miles de pares de zapato, millones de pesos, etc.), que cuando son una mezcla de productos, tamaños y tipos deben ser por fuerza agregados, esto hace que quien las recibe actúe en cierta forma. Esto se debe a que los planificadores centrales, por una parte, no puedan objetivamente saber en detalle lo que quieren los clientes, y por otra parte, los directores de empresa subordinados deben obedecer las instrucciones del plan elaborado por el centro, ya que éstas supuestamente encargan las necesidades de la sociedad. Estas últimas terminan adaptándose a los agregados predeterminados de producción, independientemente de consideraciones de calidad. Este problema no es tan serio en el caso de productos homogéneos como la electricidad (millones de KWH), pero sí lo es en el caso de bienes heterogéneos como camisas o repuestos de automóvil. En general, los artículos manufacturados, debido a su heterogeneidad, presentan serios problemas de agregación cuando se elaboran los planes, con el resultado de que su producción se ve sometida a severas distorsiones. Inicialmente, cuando los objetivos de los planes enfatizaban la construcción de un sector productor de medios de producción (Departamento I, en términos del Tomo 2 del capital de Marx), los planes eran expresados en términos físicos (toneladas, por ej.), con los ya conocidos resultados (productos finales extremadamente pesados; despilfarro de materias primas para sobrepasar las metas en términos de peso, etc.). El problema se agravó cuando, tras la muerte de Stalin, se comenzó a insistir en la necesidad de prestar una mayor atención a la producción y a la diversificación de los bienes de consumo. La diversidad de los mismos entraba en conflicto con indicadores agregados en términos físicos. En general, toda la literatura relacionada con este tipo de indicadores enfatizan su impacto deformador: telas angostas cuando se planifica en metros lineales;

zapatos de mala calidad y diseño cuando se fijan metas en término de número de pares producidos; viajes largos e inútiles en el caso de empresas de transporte que expresan sus planes en toneladas-kilómetros, etc. Los ejemplos son ya bastante conocidos como para seguir sosteniendo que su permanente proliferación obedece a causas coyunturales. La falla en el funcionamiento es sistemática, y no debida a errores individuales de los funcionarios de planificación o de los administradores. Por otra parte, los crecientes problemas se venían solucionando mediante la introducción de todo un abanico de indicadores adicionales; muchas veces incongruentes unos con otros.<sup>15</sup>

Aparte de los problemas arriba mencionados, el sistema tiene tensiones adicionales que han sido tratadas con un lujo de detalles, particularmente durante los últimos años. Listaremos aquí tan sólo algunas de las más importantes:

- 1) Las dificultades en terminar el trabajo de planificación y abastecimiento a tiempo. Por lo general, es necesario hacer bastantes correcciones durante el transcurso del plan trimestral o anual.
- 2) Una tendencia a que los planes de inversión estén siempre excedidos con respecto a la disponibilidad de bienes de inversión. Esto puede ser corregido, aunque dejando de lado el dogma staliniano -Por lo demás sin fundamento- que sostiene que el Departamento I de la economía (medios de producción) siempre debe crecer más rápidamente que el Departamento II (medios de consumo).
- 3) La combinación de retrasos en los abastecimientos de insumos y la necesidad de completar el plan en una fecha determinada. Esto

<sup>15</sup> A. Nove cita la lista existente de ellos para el período 1976-1980. (*El Sistema Económico Soviético*. Siglo XXI, México, 1982, Apéndice, p. 159). Desde 1965, las sucesivas reformas han intentado disminuir su número y racionalizar su funcionamiento, enfatizando el volumen de ventas y el nivel de las ganancias. Esto dio pie para el surgimiento y proliferación de todo tipo de teorías sobre la restauración del capitalismo en la URSS. sin embargo, ninguna economía centralmente planificada ha podido evitar la implantación de este tipo de ajustes después de que se alcanza un cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas.

causa el llamado fenómeno de "la tempestad", que afecta los niveles cualitativos de los productos terminados hacia finales del periodo del plan.

Estos y otros aspectos estructurales de la planificación burocrática centralizada inaugurada en los 30 por el régimen de Stalin resultaron en una parálisis progresiva de la economía y una profunda crisis del régimen a todos los niveles. Es a esta crisis a la que pretenden hacer frente la Perestroika y el Glasnost Gorbachebianos. Cabe anotar que esta crisis no es exclusiva de la URSS sino que se extiende a todos los países del bloque<sup>16</sup> desde hace ya varios años.

Según las tablas 1 y 2 (citadas de fuentes soviéticas por Marie Elizabeth Ruban, en un artículo en Osteuropa, Ag-Sept. 1986, y tomado a su vez por Ernest Mandel<sup>17</sup>, podemos ver el evidente desplome de los ritmos de crecimiento de los indicadores soviéticos.

**TABLA 1.- CRECIMIENTO PROMEDIO DEL INGRESO NACIONAL SOVIETICO**  
(%Annual por Plan Quincenal)

Año	%
1951-1955	11.2
1956-1960	9.2
1961-1965	6.6
1966-1970	7.75
1971-1975	5.75
1976-1980	4.75
1981-1985	3.5

**TABLA 2.- INCREMENTO PORCENTUAL POR PLAN QUINCENAL**

	1966-70	1971-75	1976-80	1981-85
Producción Social Total	43	36	23	20
Producción Neta Material por Uso	41	28	21.17	18
Producción Neta Mater per cápita	33	24	18	15
Producción Industrial Bruta	50	43	24	20

<sup>16</sup> MARCZEWSKI, Jean. *¿Crisis de la Planificación Socialista?*, FCE, México, 1975.

<sup>17</sup> Manuel E. *Beyond Perestroika. The Future of Gorbachev's URSS*, Verso, Londres, 1989.

Según Abel Agnibegyan, principal consejo económico sde Gorbachov (Perestroika, París, 1978), en el caso del Plan Quincenal 1981-1985 el asunto es aún peor, y la tasa de crecimiento ajustada pudo haber sido de cero. En términos absolutos, hubo descensos en la producción de carbón (1979-80 y 81), acero (1979, 80 y 82), maquinaria (1979, 80 y 81), automóviles (1982, 82 y 85), e inclusive radios. Con la excepción de los años 1979 y 1982, la producción industrial declinó en un 40%. Otros indicadores no muestran mejores resultados. La URSS produjo menos granos que la EUA, a pesar de utilizar 4 veces más tractores y tener 9 veces más gente empleada en la agricultura. Así, la productividad del trabajo en dicho sector es tan sólo 10% de los de la EUA. Según el Reporte de Gorbachov al Comité Central (Junio 11, 1985), los principales problemas de la economía soviética eran: atraso tecnológico, baja calidad de muchos productos industriales, bajos rendimientos de inversiones generalmente excesivas e inconclusas, planificación desbalanceada, y desperdicio crónico de energía y materias primas.

En lo social, las expectativas de vida que habían ascendido de 67 a 70 años en tre 1955 y 1959, se estabilizaron a ese nivel en 1971, para descender a 68 en 1978, y quedar en 69 entre 1984-85. En los EUA, Inglaterra y Francia las cifras correspondientes son de 70.9, 71.3 y 70.9, respectivamente. En cuanto a la mortalidad infantil, ésta se elevó de 22.9 por mil en 1971 a un 26 por mil en 1985. Esta es actualmente la más alta de todo el bloque (Checoslovaquia: 11, Hungría, Bulgaria y Polonia: 18, Rumania: 22), y es muy superior a la de EUA (11.5), Francia (9.7), e Inglaterra (10.8). Según Agnibegyan, menos del 4% del Ingreso Nacional se dedica a la salud, mientras que en otros países la tasa varía entre el 8 y el 12 por ciento.

Otros indicadores son igualmente deprimentes, y el cuadro parece ser similar en los demás países del bloque. En términos tecnológicos, el panorama es verdaderamente alarmante. Se estima que la URSS tiene de 10 a 15 años de retraso en computadoras con respecto a los EUA, y de 5 a 10 años con relación a Inglaterra y el Japón. A lo anterior se une un problema socio-político, ya que el uso generalizado de computadoras pre-

supone claridad y diseminación sin impedimentos de información, lo cual queda bloqueado por el sistema político actualmente imperante.

Lo anterior, sin embargo, no debe hacer perder de vista que -independientemente de como llegaron al poder- todos estos regímenes recorrieron una profunda transformación revolucionaria de su vida económica, social, política y cultural. Fueron revoluciones de vasto alcance que alteraron fundamentalmente las relaciones sociales de propiedad y de producción, eliminando a las antiguas clases dominantes, dando acceso al poder a sectores previamente excluidos, marginados y perseguidos; transformaron completamente las estructuras estatales; alteraron masivamente la estructura ocupacional; e intentaron modificar sustancialmente todo el aparato educativo y cultural de la nación. Es evidente que alteraciones de tal magnitud producen traumas nacionales profundos y duraderos, como lo demuestran las acaloradas polémicas sobre la revolución francesa, a 200 años de haber tomado lugar. En el caso de la URSS, y particularmente en el caso de Europa del Este -donde, como bien sabemos, hubo desde el primer momento una crisis de legitimidad-, la magnitud de tales desgarramientos ha sido aún peor, dada la profundidad de los cambios.

Así, no deben negarse los aspectos progresistas y revolucionarios que surgieron del "socialismo real", cuando se reconocen sus fallas y se adelantan propuestas tendientes a modificar sustancialmente el sistema de planificación burocráticamente centralizado.

En este sentido, cuando en este tipo de propuestas se habla de articular el proceso de planificación macroeconómico con relaciones de mercado, en un sistema de "economía mixta", debe especificarse muy claramente de qué tipo de mercado se habla. Es decir, este tipo de propuestas deben quedar claramente deslindadas de aquellas sugeridas eufóricamente por los círculos ultraconservadores actualmente dominantes en la mayoría de los países industrializados. Estos sectores, como bien es sabido, proponen el dominio generalizado de todo tipo de mercados -de bienes de producción y consumo, financieros, laborales- y la virtual eliminación de toda la

interferencia estatal. Este se limitaría a "impartir justicia"; a "mantener el orden público", y a proveer algunos servicios básicos no rentables.

A juzgar por toda la literatura neoliberal aparecida durante la ofensiva ideológica Reagan-Thatcher (y continuadores), parecería que la Gran Depresión de los años 30, lo mismo que todas las fluctuaciones cíclicas anteriores resultantes del funcionamiento normal de la economía capitalista, con su secuela de desempleo, bancarrotas, producción no materializada, destrucción de valor, etc., nunca hubiesen tomado lugar. Para utilizar las palabras de Ernest Mandel, "Por qué ocultarse tras la fórmula apologética de que 'un mercado no regulado le puede(!) dar ascenso al desempleo masivo', cuando hemos presenciado dicho fenómeno en todos los países occidentales basados en la economía de mercado durante al menos veintidós ciclos desde 1825 y lo estamos presenciando ahora por la veintidocava vez? Es lógicamente inconsciente insistir fuertemente sobre la necesidad de extraer lecciones de 160 años de economía internacional 'real' de mercado en el mundo occidental?".<sup>18</sup>

Y lo irónico es que el tipo de políticas propuestas por estos devotos creyentes de las bondades de los mercados irrestrictos, son justamente las que prevalecían antes del colapso de la década de 1930.

No es de sorprenderse que Hyman Minsky, uno de los más destacados intérpretes de Keynes en la actualidad, comente sarcásticamente: "La victoria del capitalismo sobre el comunismo que fue celebrada en París el pasado julio se debe al éxito de las economías capitalistas en evitar una depresión seria durante los más de 40 años transcurridos desde el final de la segunda Guerra Mundial. Desde luego, esta victoria significa que los fracasos del capitalismo en América Latina son ignorados.

Pero lo que los anfitriones de la victoria del capitalismo dejan de lado es que en 1933 el

<sup>18</sup> MANDEL, E. "The Myth of Market Socialism". *New Left Review*. No. 169, mayo-junio 1988, pp. 110.

capitalismo era un fracaso virtualmente en todas las partes.

El capitalismo de la posguerra que aparentemente es tan exitoso es muy diferente del de la preguerra que fracasó en todas partes. El capitalismo que fracasó era una economía fundamentalmente no-intervencionista con un estado pequeño. Era más parecida al modelo de *laissez-faire* tan amado por los académicos y la derecha, que la economía de las postguerra".<sup>19</sup>

A pesar de advertencias como la anterior, muchas propuestas recomiendan el desmantelamiento acelerado del sistema centralizado de planificación, y la introducción repentina de un mercado de corte capitalista, independientemente de los costos sociales y políticos de tal proyecto. Así, la conocida revista inglesa *The Economist* (Enero 29, 1990) nos asegura que uno de los pasos principales para transformar las economías de Europa Oriental, es "rechazar cualquier concepto persistente acerca de una 'tercera vía', como un 'socialismo de mercado' quimérico basado en la administración del obrero, y seguir adelante para lograr una economía de mercado tipo occidental". Desde luego, lo anterior puede ser complementado con ayuda de Europa Occidental, proporcionando "alivio deudor y financiamiento para reestructuración, con objeto de unir estas economías reformadas a un mercado europeo unificado". Este tipo de propuestas también encuentra eco en algunos sectores de izquierda que -ingenuamente, esperamos- se han dejado absorber por la actual vorágine neoliberal. No se trata simplemente del desplome del "socialismo real" y su remplazo por regímenes capitalistas. Se trata además de la eliminación de cualquier tipo de alternativa socialista al capitalismo, tal como acertadamente lo destaca el autor británico Ralph Milliband. Para emplear sus palabras, acompañando la perspectiva de la desaparición de la antigua 'pesadilla comunista' se encuentra naturalmente la "celebración del mercado, de las virtudes de la libre empresa, y del individualismo ilimitado. Y no es tan sólo en la

derecha donde ha surgido la creencia, en tiempos recientes, de que el socialismo, entendido como una transformación radical del orden social, ya tuvo sus días: apóstoles de los 'nuevos tiempos' en la izquierda han comenzado también a cultivar la misma creencia. Todo lo que ahora es posible, ante los ojos del 'nuevo realismo', es una gestión más humana del capitalismo, el cual en todo caso está siendo totalmente transformado".<sup>20</sup>

Es evidente que un proceso de este tipo distaría mucho de ser pacífico y sin conmociones. A lo que tales propuestas equivalen es nada menos que al desmantelamiento de relaciones sociales de producción burocráticamente centralizadas y su remplazo por relaciones de producción y circulación capitalista prácticamente sin regulación alguna. Lo anterior implicaría la eliminación repentina de importantes conquistas sociales -en el campo de la salud, la educación, el seguro de desempleo, etc.- que los pueblos de dichos países toman por garantizados.

Hasta el momento, las demandas fundamentales en los países del "socialismo real" han sido de carácter político: libertades civiles básicas y eliminación de partido de estado. En muchos casos, sin embargo, esas demandas van acompañadas por peticiones de restauración "del mercado". El inmenso descrédito de la planificación burocrática centralizada y de su contraparte política, el partido "Marxista-Leninista" de estado, ha llevado a que "el mercado" en general, se identifique con libertad, eficiencia, variedad, calidad, progreso tecnológico, etc., soslayando sus características negativas, aún no conocidas por las obligaciones de dichos países: despidos y desempleo, concentración y centralización del capital, concentración oligopolística de mercados, crecientes desigualdades de ingresos entre personas, regiones, etc., fluctuaciones cíclicas, despilfarros publicitarios en esfuerzos de ventas, etc. etc. Lo anterior plantea serios problemas, pues tales poblaciones tendrán que experimentar lo anterior antes de que comience a quedar deslindado

19 MINSKY, Byman. "Hacia una economía global. Una Visión desde el Norte". Facultad de Economía, UNAM, México, 1990. p. 5.

20 MILLIBAN, Ralph. "Reflections on the Crisis of the Communist Regimes". *New Left Review*, No. 177, septiembre-octubre, 1989.

el problema de los derechos humanos básicos, del de los mercados capitalistas. Es en este terreno donde puede producirse una involución seria cuando el pleno impacto de la restauración de mercados incontrolados, junto con un aparato productivo que en tal contexto asumiría un carácter oligopolístico, resulte en un impacto económico y social similar al de los planes de "choque" tan conocido por los pueblos de los países Latinoamericanos en las décadas de los 70 y 80.

Esto de hecho, se había manifestado hace ya mucho tiempo en Yugoslavia, y comienza a hacer su aparición en Polonia, Hungría y la misma URSS. Como lo destaca con una aparente candidez *The Economist*, "Los intentos pasados para reformar a Europa Oriental tuvieron un resultado paradójico. Los países que intetaron la reforma más orientadas al mercado -Hungría, Polonia y Yugoslavia- son los que ahora padecen una mayor inestabilidad económica. Polonia y Yugoslavia experimentan hiperinflaciones; aunados a Hungría, enfrentan la peor de las crisis deudoras. Obviamente, los intentos reformistas han fracasado seriamente. El motivo fundamental es que, mientras que las reformas del "mercado" terminaron efectivamente la planificación central, no crearon mercados reales" (*Excelsior*, Enero 30, 1989). El caso yugoeslavo es importante de estudiar, pues muchos lo consideran como el prototipo del "socialismo de mercado". Allí, sin embargo, debe tomarse en cuenta que hay grandes desigualdades de ingreso, productividad y cultura entre las diversas nacionalidades que forman dicho país, y además, que la autogestión obrera le imprime características peculiares a tal economía. Bien sabemos que, en principio, la autogestión obrera es muy atractiva, viendo muchos en ella la esencia misma del poder obrero. Y, ciertamente, están en lo correcto. Sin embargo, cuando tal poder se ejerce fundamentalmente a nivel de fábrica, para decidir sobre asuntos básicamente económicos (con miras a maximizar las percepciones netas de la planta), en el marco de una economía de mercado dominada a nivel nacional por un partido único en el cual la autogestión desaparece, es obvio que esta se hace totalmente ilusoria.

Además aparecen distorsiones adicionales a las

arribas mencionadas.<sup>21</sup> La más grave, es nuestra opinión, es la tendencia a presionar a los Consejos Autogestionarios a distribuir entre los obreros el grueso de las ganancias, financiando mediante crédito la reproducción y expansión del equipo de capital. Esto convierte a la economía en inherentemente inflacionaria.

Los resultados no se han hecho esperar. Aparte de una tasa de inflación que supera el 1000% anual, Yugoslavia tiene una altísima tasa de desempleo -debida en mucho que los Consejos maximizan la ganancia necesita por trabajador, prefiriéndose técnicas ahorradoras de mano de obra-, y un proceso creciente de concentración y centralización de capital. En 1970, por ejemplo, las 130 empresas más grandes en la manufactura y la minería respondían por el 45.1% de las ventas totales y el 33.7% del empleo total. En 1977 estos porcentajes eran, respectivamente, de 70.1% y 48.3% respectivamente.<sup>22</sup>

En la URSS, el asunto es más complejo y el proceso actual de Perestroika puede peligrar seriamente, de continuar rampante el entusiasmo por introducir los mercados capitalistas incontrolados, debilitando la liberación político-cultural (*Glasnost*), y llegándose, inclusive, aun retroceso autoritario. La experiencia Latinoamericana, aunque bastante diferente, es muy deficiente: los planes de reestructuración neoliberales fueron acompañados casi siempre por gobiernos dictatoriales que los implementaban.

En caso de los países del "socialismo real", tendríamos una situación verdaderamente irónica, ya que dichos regímenes -particularmente el de la URSS- utilizaban su herencia revolucionaria para justificarse ideológicamente. Aunque desean deshacerse de la misma, no encuentran fácil hacerlo, y tienen que seguir hablando de una vía "no-capitalista", aunque la realidad del mercado capitalista contradiga esto en la práctica. El resultado, como lo demostró Tienanmen, es una convergencia de lo peor de ambos sistemas; lo

<sup>21</sup> NOVEC, *op. cit.*, 1987, pp.

<sup>22</sup> ELSON, Diane. "Market Socialism or Socialization of the Market", *New Left Review*, No. 172, noviembre-diciembre 1988, p. 8.

que un autor soviético ha asignado acertadamente como "Stanilismo de mercado".<sup>23</sup>

Nos queda entonces, el gran interrogante: Pueden combinarse el plan y el mercado? Hay alguna alternativa diferente de la planificación burocrática centralizada y del mercado? Para responder al mismo tomaremos elementos de una polémica al respecto que toma lugar desde hace algunos años en las páginas de la prestigiosa revista inglesa *New Left*. En general, podemos ver que la discusión gira alrededor de la posibilidad de una sociedad de productos libremente asociados, donde la producción mercantil ha sido superada. Quienes defienden el "socialismo de mercado" ve a éste como una forma de asociación libre. Se plantea la necesidad de organizar un mercado socializado. Lo fundamental es entender que mercado y capitalismo no son sinónimos, ni el primero está condicionado por la existencia del segundo. Es cierto que el mercado ha alcanzado su máximo desarrollo y consolidación bajo el dominio del capital. Sin embargo, las relaciones mercantiles antecedieron al capitalismo, y es posible encontrarlas en numerosas formaciones sociales previas al mismo. Como lo anota Jorge Poo, "es posible encontrar la existencia de mercados en sociedades no capitalistas. Los tianguis de la antigua Tenochtitlan, los diferentes intercambios comerciales en las etapas del esclavismo y las ferias que se efectuaban de tiempo en tiempo, en la era feudal, son diferentes tipos de mercados no capitalistas. Así, es posible concebir sociedades en tránsito al socialismo con algún prototipo de mercado como palanca de regulación económica. Este nuevo mercado y el socialismo serían totalmente compatibles".<sup>24</sup> Pero...que tipo de mercado? Según la autora inglesa Diane Elson, "el mecanismo de precios es un instrumento indispensable de coordinación para una economía socialista, pero tiene que ser socializado si va a funcionar en favor y no contra el socialismo".<sup>25</sup> Se argumenta que lo básico es tratar de establecer las condiciones para que sostenga el

mercado como una forma de asociación libre. Nótese que los actuales mercados capitalistas distan mucho de ser tal cosa. Los consumidores nunca negocian los precios con los detallistas, y la selección solamente puede efectuarse entre un conjunto preestablecido de bienes a precios también preestablecidos, que éstos únicamente pueden tomar o dejar, en condiciones en las cuales las empresas gastan enormes recursos para moldear las preferencias de los consumidores, y controlar sus conocimientos de las características del producto. Sería ocioso aquí en un análisis de las peculiaridades de los mercados en el "capitalismo realmente existente", dada la abundante literatura al respecto. Sin embargo, creemos que es importante dejar de definir al socialismo en términos de ausencia de producción de mercancías, estableciendo simultáneamente un signo de igualdad entre producción de mercancías, y el acto de compraventa. El status problemático de la mercancía no se deriva del sólo hecho de la compraventa, sino de que ésta toma lugar bajo condiciones que le permiten adquirir vida independiente propia. Marx, en su teoría del "fetichismo de la mercancía", no nos muestra cómo esta independencia propia permite que una relación social entre gentes asuma la forma fantasmagórica de una relación entre objetos.

De lo que se trataría, entonces, sería de crear una situación en la cual los bienes se intercambian por dinero, pero no adquieren una vida independiente propia; y en la cual las personas no se interrelacionan entre sí meramente como representantes de las mercancías. Esto requeriría no de abolición voluntarista del proceso de compraventa, sino de un socialización.

Si aceptamos que el pivote de una economía socializada debe ser la producción y reproducción de la fuerza de trabajo, entonces se requieren "transformaciones en las relaciones con los medios de producción y con los medios de consumo; transformaciones dentro de los lugares de trabajos, y dentro de las unidades familiares; transformaciones en las relaciones entre productores y consumidores".<sup>26</sup>

<sup>23</sup> KAGARLITSKY, Boris. "The importance of Being Marxist". *New Left Review*. No. 178, noviembre-diciembre 1989.

<sup>24</sup> POO, Jorge. "El futuro de las economías de Europa del Este". *Uno más Uno*, enero 19, 1990, México.

<sup>25</sup> *Ibid.* p. 4.

<sup>26</sup> *Idem.*

Ahora bien, la autora adelanta una serie de propuestas que, básicamente, tienen que ver con el caso de economías altamente industrializadas. Teniendo en mente la producción y reproducción de la fuerza de trabajo, se visualiza la compraventa de fuerza de trabajo como el antagonismo principal, y se propone el establecimiento de un ingreso básico, independiente de venta de fuerza de trabajo. En general, la propuesta establece una serie de organismos ampliamente democráticos de productores y consumidores. Se proveerían instalaciones físicas para el intercambio de información sobre los términos de las compras y ventas entre empresas, y entre éstas y los consumidores. Se implemetaría un proceso transparente de formación de precios, con las empresas en la obligación de publicar información sobre costos unitarios, bajo un sistema de contabilidad estandarizado. Se establecerían normas de precios y salarios, y se proveería información que capacitara a compradores y vendedores a "vigilar" precios y salarios de una manera descentralizada. Un punto interesante de la propuesta es la constitución de redes informativas con base en computadoras. Su utilidad, sin embargo, es fundamentalmente para sociedades industrializadas. En términos generales, podemos afirmar que la propuesta de la autora inglesa, que es bastante detallada, tiene el propósito de abrir una discusión sobre el tema; razón por la cual no la discutiremos en detalle en este escrito, sino en una próxima presentación sobre el tema.

Con base en la propuesta socializar la esfera de la circulación, deslindamos así nuestra posición

con respecto al mercado de las propuestas neoliberales, cuyos nefastos efectos los han experimentado los países latinoamericanos durante casi ya dos décadas.

Resumiendo: El tipo de "economía mixta" aquí propuesta lo es para una sociedad donde el poder estatal ha sido transferido a una coalición de sectores populares, y su gobierno se encuentra comprometido en un vasto programa de transformaciones sociales. Así, es una sociedad básicamente poscapitalista. Se establece un amplio sector estatal en las industrias consideradas como estratégicas. El criterio para incluir una industria en este sector tiene que ver más con su papel en la economía (complementaridades, externalidades, etc.), que con la cuantía de sus activos, o la participación del capital extranjero en los mismos. Sin embargo, se permitiría la subsistencia de múltiples formas de propiedad (privada, cooperativa, etc.). A nivel macroeconómico, la economía estará regulada por un plan, aunque a nivel microeconómico las empresas tendrán amplio margen de maniobra. En cuanto al mercado, éste tendría que ser reestructurado y socializado, sobre los lineamientos arriba propuestos, aunque tomando en cuenta la especificidad de cada caso.

La forma de gobierno, obviamente, deberá ser pluripartidista, aunque no discutiremos aquí los detalles de la misma.

Vemos, así, que básicamente lo que se ha escrito aquí es lo que podría llamarse una "economía socialista mixta".